

desde el diván



Comentario al libro "La bella (in) diferencia"*

Fanny Blanck Cereijido

La introducción a este libro, escrita por Marta Lamas, explica claramente como se gestó y alrededor de que objetivos se organizó la obra. En efecto, se organiza alrededor de la premisa que explica Frida Saal en su trabajo: "Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos". Este trabajo afirma que diferencia de sexos no implica desigualdad, así en su párrafo de la página 28 dice: "si el falocentrismo es la relevancia del significante fálico en relación con la castración simbólica la falocracia emana de un orden totalmente distinto, es la manera en que la diferencia se organiza como apropiación diferenciada de privilegios y poderes. De la diferencia se deriva un ordenamiento jerárquico de dominación y sumisión.

Nada en el psicoanálisis autoriza a hacer de la diferencia una jerarquía. Incluso cuando abordamos la metáfora paterna con el lugar central que le otorgamos en la constitución del sujeto deseante debemos recordar que se trata del Nombre del padre, es también el No-hombre del padre, aquello que el padre no es, esa marca impuesta por la cultura que expresa la sujetación de ese padre al discurso del Otro".

Cuando el psicoanálisis aparece como un justificador y racionalizador de la desigualdad entre los sexos, y no de su diferencia, o como una prescripción acerca de cual debe ser el rol femenino a partir de la cultura falocrática, resultará lógica la actitud de extrañamiento de los sectores intelectuales progresistas femeninos con respecto a él. Este recelo también es lógico, si el psicoanálisis se concibe como una descripción y convalidación de la ubicación social de la mujer, como si esta ubicación

*Leído el 1o. de junio de 1991 en la Fundación Psicoanalítica Mexicana, en la presentación del libro "*La bella (in)diferencia*" editado por Marta Lamas y Frida Saal, Siglo XXI Editores, 1991.

obedeciera a factores concretos, justificados y naturales cuya existencia no deja lugar a ninguna posibilidad de cambio.

Ahora bien, si consideramos la existencia del inconsciente, que es el descubrimiento capital del psicoanálisis, nos podremos ubicar de otro modo y plantear otras vías de abordaje para las cuestiones atingentes a la feminidad, tal como lo hace el artículo de Frida.

Ya que el psicoanálisis es un instrumento para comprender la construcción del sujeto, perderlo de vista resultaría empobrecedor, sería dejar de lado la posibilidad de una nueva comprensión en la cuestión de la diferencia de los sexos. Esta postura podría llevar a una alianza con la noción empirista del sentido común, que propone la ubicación subordinada de la mujer como un hecho de la naturaleza.

En cambio, si a partir de la premisa psicoanalítica de existencia del inconsciente, cuestionamos la continuidad de la vida psíquica y la estabilidad de las identificaciones sexuales, diremos que la internalización de las normas e identificaciones siempre se revela fallida. Afirmaremos entonces que las mujeres no se ubican en su lugar femenino de un modo "natural" sino que sufren las dificultades y vaivenes en este proceso de ser femenina y estos avatares son algo que forma parte forzosamente de la historia de cada una de ellas.

El psicoanálisis freudiano, y a partir de la década de los 60-70 la teoría de Althusser, Lacan y Derrida, proporcionan una serie de conceptos acerca del lenguaje, la representación y la producción de la subjetividad que crean la posibilidad de pensar la formación del sujeto y el modo como se determina su lugar desde la cultura. Lacan afirma por ejemplo, que los sujetos, al concebirse como seres unificados y sapientes de sí mismos creen obtener una investidura narcisista. Althusser liga las formas de representación a la cuestión del poder, ya que para él, la ideología es la expresión de los valores no explicitados de la clase dominante, internalizados y vividos como veraces por el sujeto.

La impugnación de Derrida al logocentrismo apoya el cuestionamiento al discurso patriarcal. El afirma que el poder en el discurso es un poder instrumental en la opresión social que incluye la femenina, un poder implícito que se toma por norma. De modo que estos conceptos han dado sustancia al pensamiento de varios psicoanalistas que encontraron en ellos un sistema referencial útil para repensar el psicoanálisis de la mujer.

Los que trabajan con la noción de *différance* hacen algunas postulaciones interesantes, como por ejemplo buscar definiciones de lo femenino que sean afirmativas y no sólo no masculinas. Creo que su representante más lúcida es Julia Kristeva. Ella utiliza una serie de denominaciones indiosincráticas, por ejemplo define lo semiótico como una energía presignificante, como pulsiones en su estado polimorfo e indiferenciado que preceden temporalmente toda estructura binaria o posicional y jerárquica. Es anterior al autoerotismo, siendo preimaginaria y prenarcisista. Correspondería al espacio simbiótico compartido por los cuerpos indistintos del niño y la madre. Ella adscribe un espacio a este estado al que llama "chora", receptáculo híbrido anterior a lo nombrable. A pesar de su promesa teórica la doctrina de la *différance* no parece aportar nada nuevo sino mas bien plantear con otra denominación los fenómenos que concebimos como correspondientes a la fase narcisista de unión preedípica con la madre. Todo hace pensar que no hay más remedio que aceptar la diferencia y... sacarle partido.

Estos párrafos anteriores han comentado la introducción al libro. El resto de mis palabras se referirán sobre todo a los capítulos de Frida Saal "Algunas consecuencias políticas de la diferencia psicológica entre los sexos"; y "De seres, decires de mujeres"; de Nestor Braunstein "De síntomas y mujeres", y "Los juegos de Alicia" escrito por Graciela Rahman y Elena De la Aldea.

Leí con mucho gusto el trabajo de Graciela Rahman y Elena De la Aldea. Ellas utilizan un lenguaje poético para describir el deseo de la niña de ser como la madre para ser amada por el padre, de ser como el padre, de cómo alojar el deseo. De alguna forma me recordó la fuerza impactante del primer momento de la película Edipo, de Passolini, que comienza con una secuencia en donde una joven pareja vestidos para una fiesta, parten de la casa mientras un bebé queda llorando. El impacto estético que se produce es a partir de la identificación, ya que todos somos ese Edipo, y todas, esa niña que juega, crece, pregunta y se pregunta. La bella forma del relato no traiciona en ningún momento su contenido teórico y su comprensión de la problemática identificatoria y pulsional de la niña.

Los trabajos de Frida vertebran el libro y dan cuenta justamente, de lo que digo acerca de la introducción: la dimensión del inconsciente y la subjetividad son fundamentales en el planteo del problema de la diferencia de sexos y la sexuación. En realidad esta postura psicoanalítica

arranca desde los Tres Ensayos en donde en el capítulo sobre las perversiones Freud se manifiesta con una preocupación que trasciende lo biológico y confiere a la sexualidad un estatus subjetivo, ya que él afirma que los fines de la pulsión pueden ser alcanzados a través de objetos y modos diversos. De ahí en más todos los desarrollos que se vinculan con los conceptos de necesidad y deseo, de cuerpo erógeno, siguen un camino asintótico que nos aleja de lo observable empírico.

A fines de los años veinte y comienzo de los treinta tiene lugar la polémica de Freud con Klein y Jones. Estos autores, basándose en la realidad de la diferencia anatómica entre los sexos, sostienen la existencia de una temprana feminidad primaria y que la existencia de la fase fálica en la niña es secundaria a situaciones de frustración edípica. A pesar de que sus planteos acerca del desarrollo femenino nos parezcan reduccionistas, debemos tener en cuenta que Klein realizó contribuciones valiosas acerca de las fantasías tempranas, de la psique femenina, del intenso vínculo imaginario de los niños con el interior del cuerpo materno, y de los conflictos que emanan de esas situaciones.

Fue en 1935 que Freud, en una carta a Carl Müller-Braunschweig escribió lo siguiente. Tengan en cuenta (Horney, Jones, Rado etc.) "en el sentido que ustedes no distinguen con más claridad y nitidez entre lo que es psíquico y biológico, que ustedes tratan de establecer un paralelismo neto entre estas dos instancias y que motivados por este intento, impensadamente construyen hechos psíquicos que no son comprobables y que en el proceso de hacerlo, deben declarar como reactivo o regresivo mucho de lo que sin duda es primario. Por supuesto estos reproches deben permanecer oscuros. Además, yo quisiera sólo enfatizar que debemos conservar el psicoanálisis separado de la biología tal como lo hemos conservado separado de la anatomía y la fisiología".

En Freud, después de los trabajos sobre el Edipo, hay un giro importante en los artículos del 25 ("Consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas de los sexos"), de 1931 ("Sobre la sexualidad femenina") y 1933 ("La feminidad"), en los que afirma la importancia del largo período preedípico de amor con la madre tanto para la niña como para el varoncito.

Saal retoma la idea freudiana de que la mujer recibe al hijo como promesa de completud, pero ella agrega que por la exigencia de la cultura deberá renunciar a ese hijo en una doble situación de castración.

Deberá entonces pasar de la espera de eso que la complete y de la imaginaria unión con el padre, a la posibilidad de desprenderse de su hijo. Esta es la trampa que la cultura tiende a la mujer y que la transforma, según Freud, en enemiga de la cultura.

Tengamos presente que la posibilidad de elección de la maternidad abre una nueva perspectiva humanizando la función maternal. Esta circunstancia tiene relación indudable con que en nuestro siglo las contribuciones a la cultura provenientes de las mujeres sean más abundantes.

De modo que la mujer debe ser capaz en su deseo maternal de instaurar tempranamente una relación imaginaria con su hijo, concebido como un cuerpo unificado a pesar de ser un embrión. Esta imagen es pregnante para el futuro del niño y se continuará hasta que deberá sobrevivir el duelo por el parto, en el sentido del desprendimiento.

Así entendemos la primera inserción del niño concebido como autónomo en el imaginario materno. La madre, ejerciendo lo que podríamos llamar dimensión histórica materna ubicará simbólicamente a su futuro hijo para que sea reconocido como un eslabón en la cadena generacional. Realizará así un primer don libidinal, renunciando a que el hijo sea un apéndice de ella. Esta pesada carga cultural deberá cumplirse so pena de psicosis. De modo que si la madre pretende completarse con el hijo su vida psíquica peligrará y también, por supuesto, la del hijo.

El artículo de Nestor Braunstein "De síntomas y mujeres" hace mención a la obra de Ferenczi "Thalassa", en la que se habla de la fantasía de un retorno al seno materno, real y parcial, logrado y fallido.

Esto me remite a varias conceptualizaciones de Freud, que podemos tener presentes en este momento, por ejemplo, cuando Freud afirma que la pareja será realmente feliz sólo cuando la mujer adopte el rol de madre del marido; está diciendo que el deseo del hombre es volver imaginariamente al vientre materno.

Por lo demás, Freud siempre le dió un papel fundante al deseo de la madre en el destino del hijo. Por ejemplo, conocemos su afirmación de que el amor de la madre y su esperanza de un gran destino para su hijo son muy importantes para que este destino se realice. También afirma que el único amor sin ambivalencia es el de la madre por su hijo varón.

En octubre de 1898, Freud relata un sueño que llamó "Sueño de las Tres Parcas" que aparece relacionado con el rol determinante de la

madre y de su deseo en la vida del hijo. Relata que había hecho una excursión con su mujer, y regresó después al hotel hambriento y cansado; al acostarse a dormir tuvo el siguiente sueño: "Entro a una cocina a buscar un entremés, y me encuentro con tres mujeres. Una de ellas, que es la dueña de casa, está amasando algo que parece ser *knodels* (albóndigas) con sus manos. Le pido comida y me responde que debo esperar hasta que la comida esté lista, me impaciento y me marchó ofendido. Me pongo un sobretodo, pero es demasiado largo para mí. Al quitármelo, observo con sorpresa que está forrado con una piel. Otro que cojo después, tiene un bordado turco. En eso aparece un desconocido de rostro alargado, que me dice que el sobretodo es suyo. A pesar de eso, permanecemos en buena armonía. En sus asociaciones Freud vincula este sueño con sueños infantiles, y opina que se trata de un sueño muy claro, que primero tiene una referencia al hambre y que a su vez el hambre remite a la idea de los senos femeninos, es decir, que del hambre se pasa al amor. Asocia el sobretodo con la desnudez, y el bordado turco con el interés particular de los turcos en el amor. Al decir que queda en buena armonía con el señor que reclama el sobretodo, parece hablar de una renuncia edípica. A su vez asocia el sueño con un recuerdo que ubica alrededor de los seis años, en donde dice que entra a la cocina y la madre, que está haciendo *knodels*, respondiendo a una pregunta de él acerca de la muerte, se frota las palmas de las manos entre sí, hasta que se desprenden unos pequeños trozos de epidermis ennegrecidas y le dice: "Como ves, del polvo venimos y al polvo volvemos", con lo que Freud dice "Cada uno de nosotros debe una muerte a la naturaleza".

Recordemos que en la Mitología Griega, Cloto devana el hilo de la vida de cada mortal, Laquesis decide su longitud, y Atropos lo corta.

Freud, en cambio, escribe un artículo que se llama "El Tema de los Tres Cofres", en el que afirma que los Tres Cofres representan tres mujeres. La primera, dice, da nacimiento al hombre, la segunda lo desposa, y la tercera es la muerte que lo destruye. Tres imágenes, dice, de la Madre.

Por último les voy a relatar una teoría de J. Chasseget Smirgel. Ella opina que el género humano nace tan desprotegido, en tal situación de *Hilflosigkeit* necesitado del deseo materno para sobrevivir, que el sufrimiento que su dependencia le ocasiona es tan grande, que ha construido teorías falocéntricas y falocráticas para defenderse del dolor que le ocasiona su absoluta necesidad del cuidado y amor materno.